P O G R O M

POR RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

Por la ventana, centinela sobre el jardín, trepan osadamente las flores de terciopelo de las campanillas.

Azules. Moradas. Azules.

Una golondrina, diminuto avión de alas obscuras, aterriza un instante en el alfeizar. El campo lontano nuevamente la atrae.

El Sol, redondo, es un globo de gas flotando en la alta marea del viento. Las raíces de los árboles se trenzan al nivel de la tierra, como las venas de una mano, apretando en su puño el oriflama ondulante de las rojas amapolas. Creeríase que esta mano postrada va a desprenderse con brusquedad del barro para erguir en el mastil del aire el estandarte de la victoria de los trabajadores manuales e intelectuales.

Luis Paredes permanece de pie, ante el cuadrilátero. Su alta silueta se recorta en el fondo del cielo. El pájaro del sol se ha parado en su cabeza.

Al empuje de una fuerza temblorosa cede a su espalda la puerta. En el dintel, súbita, la encorvada silueta de una anciana.

Escucha con atención. Avanza cuidadosamente. Teme producir ruido. La senil figura tiembla. Sus dedos débiles buscan torpemente apoyo en la mesa.

—Luis.

Paredes se vuelve hacia la voz. El globo del sol cae desinflado.

—Estás desorientado. Vuelve a Dios.

La madre viene, tremante de inquietudes, a sitiar con su maternal autoridad la plaza en rebeldía.

—Eleva tus manos a lo alto. Implora al Espíritu Santo, como cuando eras niño.

Para la anciana, su hijo es capaz aun de mecerse en sus brazos vacilantes.

—No puedo ser nuevamente niño. Tengo el dolor del hombre, que no se olvida.

—Yo rogaré por tí.

—Felíz tú que tienes la fe.

—¿Quiéres la fé en Dios, hijo mío?

—No.

—La fé da luz.

—La tuya no me sirve.

—¿Cuál otra, por ventura, podrá guiarte?

Un rebaño de nubes negras corre por la llanura celeste. Tintinean las esquilas de las estrellas.

Luis Paredes posa ambas manos sobre los hombres maternos. Mira a la anciana en lo hondo de las pupilas.

—Mamá ¿por qué no fuiste india de la puna?

* * *

La madre reza, de hinojos, ante la dolorosa.

Los cirios surjen de los candelabros, semejantes a brazos penitentes. La llama tiembla, pávida.

—Mater dolorosa.....

La luz pálida oscila en los cirios sus pañuelos de despedida. Las sombras huyen semejantes a los árboles vistos desde los ferocarriles. Los brazos de cera pareecn agitarse como un mítin, retorciendo espasmódicamente sus manos desesperadas. Los dedos de los cirios elevan la oración de la anciana postrada.

—Tú, que sufriste el dolor de siete espadas, apiádate de mí. Tú, cuyos pies y manos fueron taladrados, ten piedad de mí. Tú, grande en el dolor del Hijo, no me desampares.

Lágrimas luminosas se desprenden lentamente de las candelas.

Atraído por el eco de una voz que reza, llega Luis al oratorio.

—¿A quién invocas, mamá? Los gritos del hombre no son oídos, porque Aquel que debe escucharlos, no existe.

La noche prende sus besos de luz en las mejillas del cielo.

—El hombre equivocó el verdadero sentido de la plegaria. Las iglesias nos han defraudado. Queremos, ahora, unirnos más allá de las religiones. Traemos un nuevo concepto. Somos los verdaderos predicadores del reino de los cielos. Estamos investidos de una indiscutible autoridad divina: la autoridad de la verdad suma. Estamos puros porque abdicamos de nuestros deseos personales. Nuestro evangelio está escrito en las banderas proletarias. Sentimos en nuestra alma el soplo de las multitudes desesperadas.

—Estás extraviado.

—Sí. ¡Extraviado! Quiero extraviar mis pasos de la ruta seguida hasta hoy. Ir hacia un fin nuevo. Hacia la justicia social.

* * *

Los pescadores exhiben a la mirada del sol, sus redes. Muchachillos descalzos corren en la playa.

Los botes de vientres hinchados descansan en la orilla las fatigas del mar arrugado como un vestido viejo. En las chozas, las mujeres del pueblo cantan melancólicamente.

Estoy frente al mar. ¿Solo? Nó. Traigo conmigo este pobre corazón que aún de lejos sigue escuchando la ciudad. ¡Lima! Se pega como la sangre de los muertos de hambre y acribillados de heridas en las manifestaciones.

El mar. ¡El mar es funesto! Un día bajarán la Sierra y la Montaña. Cierta hora los verá caer desde las altas cumbres. Avanzarán con el estruendo de las tormentas. Serán implacables, porque traerán una fuerte civilización autóctona.

El mar. ¡El mar es funesto! Pueblos de la Costa: no canséis más vuestros ojos en el Océano Pacífico, poblado de sirenas. Volvedlos al Cuzco. Ved cómo en Puno el futuro deja su simiente.

* * *

Un chiquillo desarrapado se me acerca, y en sus mejillas el yodo marino.

Aparece su madre, buscándole. El esposo está en alta mar, con las redes y el amor de los suyos.

—¿Le veis? Allá tiembla su vela. Traerá en el fondo de la barca todas las estrellas cogidas en la madrugada.

El mar ondula serpientes verdes que se estiran sobre la playa para que el sol las enjugue con sus lienzos dorados.

* * *

El sol. El sol de los trópicos. El rebosante vaso de chicha de nuestros indios. El del Tiahuanacu. El símbolo. El guiador. El que se entrega. El que nos empuja adelante.

El sol. Canto de energía cosmogónica. Bolido celeste de las fecundaciones. Padre de los trabajadores, corona de los campesinos, cúpula de las ciudades. El sol, en la cima elevada. El sol ascendente como las revoluciones.

Alto. Más alto. Maravilla de la ascención. Maravilla del sol. Maravilla de los queshuas que amaron al sol. Maravilla de los huacos amasados con tierra solar.

El decorador y el decorativo. El que arrastra detrás de sí todas las luces y humilla con sus pies todas las negruras. El sol del Egipto, el de Caldea, el de Persia, el de la India, el del Cuzco. El sol terrestre y marítimo, pájaro de la altura, pez de las profundidades. Más veloz que los aeroplanos, más rápido que los submarinos, más elevado que los rascacielos.

El sol, pastor de constelaciones. El acróbata que se para en la punta de los cerros, se hace el crucificado en el pináculo de los campanarios y bate su propio récord en el estadio del Zodiaco.

El sol campesino, indígena, que navega en los lagos de maíz y se corona de vistosas mazorcas. El que hacía refulgir su propia imagen de oro en el templo clavado sobre el ombligo del Mundo. El que tiene todos los nombres y todos los adjetivos.

El sol es proletario. El sol es obrero, porque él ante los bastidores mecánicos manufactura el casimir de los días y mueve los tractores que dejan sus limpios surcos en las cuatro estaciones.

El sol es un productor sin capitalistas.

* * *